

DON QUIJOTE, HERALDO, BUFÓN, PENITENTE Y OTRAS PROFESIONES CABALLERESCAS*

María José Rodilla

María José Rodilla es profesora-investigadora en la UAM Iztapalapa. Licenciada en filología románica por la Universidad de Extremadura y doctora en letras hispánicas por El Colegio de México. Entre sus obras destacan: *Lo maravilloso medieval en El Bernardo de Balbuena* (1999); edición crítica de *Claribalte*, de Gonzalo Fernández de Oviedo (2002); edición crítica de *Infortunios de Alonso Ramírez*, de Carlos de Sigüenza y Góngora (2003) y *Escrito en los virreinos* (2004).

Aunque El Quijote sea un perpetuo desafío a la inteligencia crítica, conviene aceptar su reto, sabiendo de antemano que, en cierto sentido, siempre hemos de perder la partida.

Raimundo Lida, "Vértigo del *Quijote*"

Don Quijote no fue el primero en tratar de restaurar el orden caballeresco. Las órdenes laicas que surgen en el XIV deseaban recuperarlo también y a fines de ese siglo el caballero Boucicaut, en su afán por "enaltecer de nuevo las virtudes caballerescas"¹ creó una orden de caballería consagrada a la defensa de las damas. Pero aunque don Quijote no fuera el primero, sí fue el más completo porque para restablecer ese orden abarca todas las funciones posibles relacionadas con la caballería.

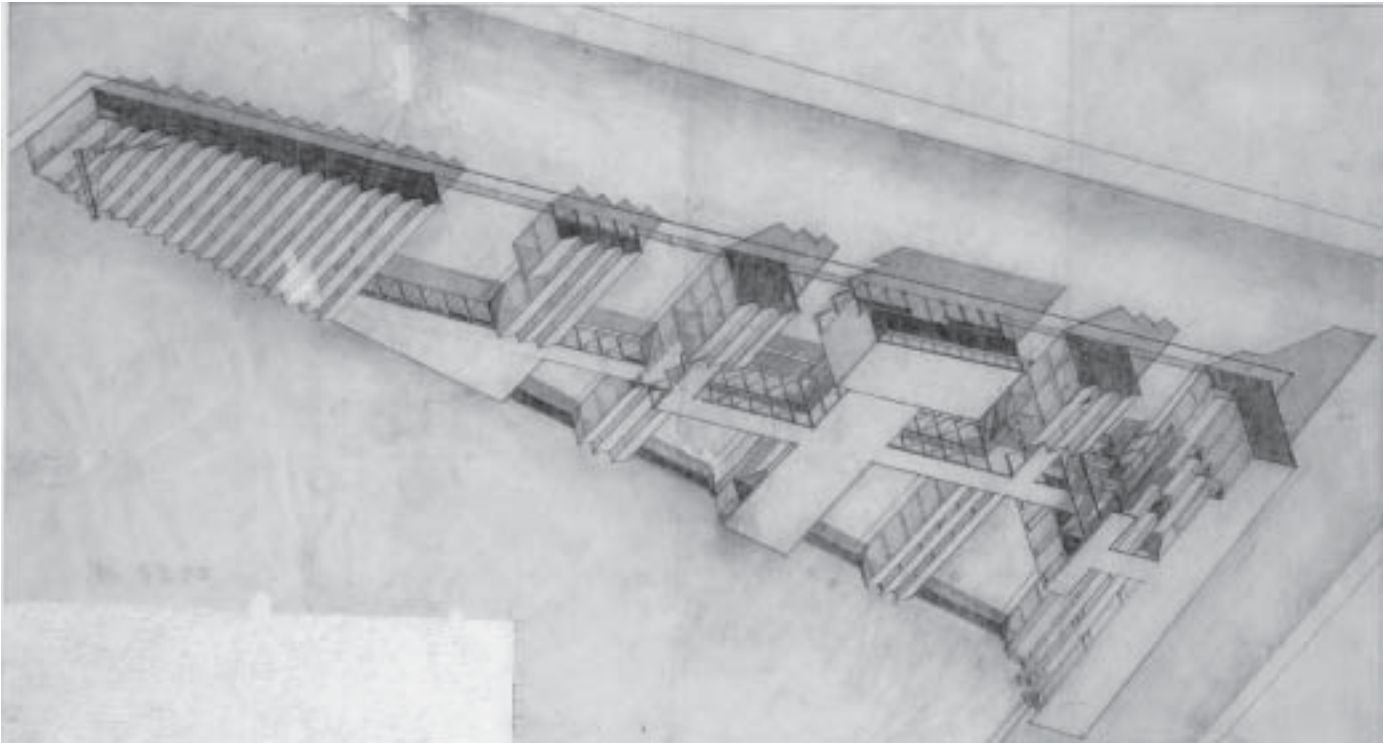
Escritor

Desde el primer capítulo tiene la intención de ser escritor de libros caballerescos y continuar las segundas partes de las obras que más le gustaban. Los escritores que vivían en las cortes compartían con los héroes y el público el gusto "por

*Este ensayo fue publicado originalmente en *Cervantes y su mundo, II*, Kassel, Edition Reichenberger, 2005, pp. 403-416.

las batallas y los torneos, por la fastuosidad, por las fiestas de los castillos... se enardecen o se indignan con el comportamiento de los héroes con quienes se identifican², es decir, comparten una misma ideología caballerescas. Sin embargo, Don Quijote no quiere enaltecer a otros caballeros sino que sus hechos sean dignos de ser escritos por algún cronista en algún famoso libro de aventuras.

letras, que, a su vez, sirve de prefacio al relato del cautivo, quien se dedicó al ejercicio de las armas por consejo paterno, y en cuya historia se contiene la de su amigo y compañero de banco en la galera, Pedro de Aguilar, soldado y algo poeta, además del retazo biográfico de Cervantes, que se introduce en el relato del cautivo como soldado. Más tarde, cuando abandonan la venta, el ventero le regala al cura los



La tentación primera de la pluma es rápidamente desechada por la espada y la búsqueda de fama guerrera, aunque ambos oficios, el de las letras y las armas, se mezclan continuamente. En ese primer capítulo transcribe una situación caballerescas, la del gigante vencido que se presenta como prisionero de la dama, con las mismas palabras que diría el gigante. Este es sólo un ejemplo de las múltiples situaciones caballerescas que idea Don Quijote como escritor, además de los esquemas de novelas con los tópicos caballerescos (I, 21; I, 50), descripciones de personajes caballerescos (II, 1) o cortesanos (II, 17), sobre las múltiples disciplinas que debe dominar un caballero (II,18), de tal manera que estos resúmenes, dispersos a lo largo de la obra, podrían llegar a constituir un tratado teórico sobre la caballería si los reuniéramos.

Esta decisión primera de cambiar la pluma por la espada no es gratuita —nada es gratuito en esta novela—, pues estructuralmente prelude el discurso que hará más tarde en la venta sobre la primacía de la profesión de las armas sobre las

papeles de *El curioso impertinente* y de *Rinconete y Cortadillo* (I, 47) y aparece entonces como escritor. Además se viene a conjuntar de nuevo el tema de las armas y las letras en el I, 42 dedicado al oidor, hermano del cautivo, a quien don Quijote, reconociéndolo por el traje, da la bienvenida así:

Seguramente puede vuestra merced entrar y espaciarse en este castillo; que aunque es estrecho y mal acomodado, no hay estrechez ni incomodidad en el mundo que no dé lugar a las armas y a las letras, y más si las armas y letras traen por guía y adalid, a la fermosura, como la traen las letras de vuestra merced en esta hermosa doncella.³

Este rico tema parece completarse en el privilegiado espacio de la venta, donde se enzarzan las historias, se cambian las identidades, se representan fingidos papeles, un espacio rico en anagnórisis, tribulaciones, pependencias, confusiones, desenlaces, lágrimas y alegrías. Sin embargo, el tema no se agota ahí, seguirá latente a lo largo de la obra y siempre apare-

cerán las dos profesiones unidas, aunque la ambigüedad cervantina oscilará a veces en la primacía de un oficio sobre otro, porque si hasta ahora habían sido más honrosas las armas que las letras, la Primera parte se cierra con la historia de Vicente de la Rosa, el *miles gloriosus* que enamora a Leandra con su traje de soldado y sus composiciones poéticas, pero acaba robándole sus riquezas y abandonándola en una cueva, con lo cual pareciera que Cervantes quisiera dejar a la milicia malparada al retratarnos la abyecta conducta de Vicente.

Pero en la Segunda parte retoma el tema al hablar con el poeta don Lorenzo, hijo de don Diego Miranda, y rescata de nuevo las armas:

No sé si he dicho a vuesa merced otra vez, y si lo he dicho, lo vuelvo a decir, que cuando vuesa merced quisiese ahorrar caminos y trabajos para llegar a la inaccesible cumbre del templo de la Fama, no tiene que hacer otra cosa sino dejar a una parte la senda de la poesía, algo estrecha, y tomar la estrechísima de la andante caballería, bastante para hacerle emperador en daca las pajas (II, 19, p. 716).

Crítico

Don Quijote también es crítico de las obras caballerescas si consideramos sus discusiones con el amigo de Grisóstomo, Vivaldo, el cura y el barbero, el canónigo de Toledo y el cura del palacio de los duques, aunque también otros personajes se enfrascan en este tipo de discusiones, que ya la crítica ha estudiado bastante. Otros asuntos literarios se debaten constantemente en el seno de la obra: el precepto horaciano “enseñar deleitando” (I, 47); cuando dialoga con Sansón Carrasco, cuestiona el precepto aristotélico de variedad en la unidad y no acepta que el autor de su historia haya mezclado novelas como *El curioso impertinente* en lugar de sus propias hazañas; sobre la poesía (II, 16); sobre preceptiva dramática (II, 26).

Consejero

La función de los viejos sabios, figuras respetables en las obras caballerescas, capaces de asesorar a los reyes en cuya corte viven, o los ermitaños, o los ayos de los caballeros, cuya actuación puede, en ocasiones, cambiar la acción, también encuentra eco en don Quijote, quien muestra ser tan prudente y discreto en muchos de sus discursos, algunos ya sumamente estudiados, que se podría hacer una antología de sabiduría y prudencia. Don Quijote se presenta como un

viejo consejero hablando de las armas, los duelos y la locura de matarse unos a otros, en el episodio del rebuzno; el del lazo del matrimonio (II, 19), o el consejo a Basilio sobre la buena mujer (II, 22) son algunos de los discursos más brillantes con los que deja a Sancho tan abobado por sus sentencias, que le llevan a opinar que su amo es buen consejero matrimonial y “tólogo”.

Magoycurandero

A falta de una sabia doncella, como la Doncella Encantadora que le guarda a Esplandián la espada que ganará, o de un mago benefactor, don Quijote cree que pronto obtendrá una espada mágica que le protegerá de cualquier encantamiento, como la del Caballero de la Ardiente Espada (I, 18). Es también su propio curandero cuando se fabrica el bálsamo de Fierabrás (I, 17) y desea aprender el ensalmo del cura para pegar la barba al barbero en la aventura de Micomicón, pues, más que para pegar barbas, piensa que servirá para sanar la carne llagada (I, 29).

Caballero

Entre las aventuras caballerescas las hay de todo tipo, en el campo y en la ciudad, en los caminos y en la montaña, incluso en los palacios, como la justa con palizada y decorado propios del xv, como ha señalado Riquer, que se prepara para pelear contra el lacayo Tosilos. Sin embargo, llama la atención que uno de los deportes favoritos de los caballeros no sea objeto de difusión caballeresca por parte de don Quijote, me refiero a la caza. Lull subrayaba la “necesidad del caballero de observar la disciplina de cuerpo y alma; pero aun dentro de esta severa disciplina, existe el alivio proporcionado por la práctica de la caza y otros deportes”.⁴ “El arte de la caza, junto con el del amor y el de la guerra forman la trilogía de las actividades nobiliarias. La caza es para las clases privilegiadas de la sociedad medieval arte, ciencia, pasión o simplemente pasatiempo”.⁵

Si una de las prácticas cotidianas de los caballeros era la caza, deporte que les permitía ejercitarse para la guerra y otras actividades militares, ¿por qué don Quijote asiste pasivamente a la cacería de los duques y no aprovecha para dotar dicha actividad de un significado caballeresco y, en su lugar, Cervantes prefiere criticarla por boca de Sancho? ¿Por qué no rememora algún episodio de cetrería o de caballeros que persiguiendo a algún animal se adentran en un bosque que les depara todo tipo de aventuras como lo ha leído mil veces en sus libros?

Habría que pensar en la disminución que hay en la Segunda parte de alucinaciones caballerescas y que ya no le engañan los sentidos y ve la realidad tal como es, además de que no ha sido iniciativa suya la cacería sino de los duques. No obstante, además de todos los motivos caballerescos que ha estudiado, entre otros, Mari Carmen Marín Pina,⁶ hay que destacar el riego y duelo con el lacayo Tosilos y el remedo de Paso honroso en (II, 58), cuyas aventuras se frustran porque se queda sin contendiente.

Hay otras funciones más, estrechamente relacionadas con la caballería, que creo poco estudiadas, y que también desarrolla don Quijote, la de bufón en casa de los duques, la de heraldo o *faraute* y la de penitente.

Heraldo

Chrétien de Troyes en *El Caballero de la Carreta* consideraba esta profesión del heraldo muy importante porque además de pregonar la fama de los caballeros, el heraldo conocía la genealogía, describía los yelmos y los símbolos de los escudos, organizaba en los torneos a los participantes y describía las hazañas de una familia por los blasones de su escudo. En esta obra, el heraldo desde que ve el escudo de Lanzarote colgado en su posada, sabe no sólo a quién pertenece sino que además se pone a pregonar que será el vencedor de los torneos. El heraldo era una suerte de cronista deportivo o un juglar publicitario y su función parece contagiar a todos los espectadores de los torneos, imbuidos en la misma ideología caballerescas. En el caso de *El Caballero de la Carreta* los que informan a la reina y a sus damas son otros caballeros prisioneros o cruzados que alardean de conocer e identificar a los caballeros por los símbolos de sus escudos, incluso si vienen de reinos lejanos:

¿Veis a aquel del escudo rojo con una franja dorada? Es Governal de Roberdic. ¿Y veis a aquel que sobre su escudo tiene un águila y un dragón? Es el hijo del rey de Aragón, y ha venido a esta tierra para conquistar honor y prez. Ved al que está a su lado, ¡qué bien ataca y qué bien justa! La mitad de su escudo es verde y lleva un leopardo pintado; la otra mitad, azul. Es el ardiente Ignauro, tan agradable como enamorado. ¿Y aquel que lleva pintados en el escudo esos faisanes pico con pico? Es Coguillante de Mautirec. ¿Y aquellos dos junto a él, sobre caballos tordos, y leones grises en el escudo de oro? Llámase uno Semiramis, el otro es su compañero fiel: por eso sus escudos son similares. ¿Veis a aquel que lleva una puerta figu-

rada en su escudo? Se diría que un ciervo sale de ella. Es el rey Yder, a la fe.⁷

Estas palabras parecen resonar en los oídos de Cervantes, quien convierte a su personaje en un conocedor de las reglas de la heráldica cuando le describe a Sancho a cada uno de los caballeros que entran en combate en el episodio del ejército-rebaño, cuya clave nos la da el ventero al narrar hiperbólicamente las hazañas de don Cirongilio de Tracia: "Y otra vez arremetió con un grandísimo y poderosísimo ejército, donde llevó más de un millón y seiscientos mil soldados, todos armados desde el pie hasta la cabeza, y los desbarató a todos como si fueran *manadas de ovejas*" (I, 32, p. 350).

Pero para la descripción de los héroes y sus armas, la fuente bien pudiera ser la obra de Chrétien: "Pero estáme atento y mira, que te quiero dar cuenta de los caballeros más principales que en estos ejércitos vienen" (I, 18, p. 176), le dice a Sancho. A partir de aquí la descripción colorida de las armas y vestimentas de los caballeros es una pormenorizada lección de un heraldo instruido en lemas y empresas que incluso explica el simbolismo y el significado de los escudos. Aun con la nota burlesca de los nombres inventados y el ridículo lema Miau por la amada Miulina, don Quijote se nos revela como un experto erudito en el arte del blasón y conoce las reglas⁸ para describir los emblemas heráldicos.

Comienza por los colores, las armas jaldes (amarillas), o "partidas a cuarteles, azules, verdes, blancas y amarillas"; luego vienen las piezas principales, que suelen ser animales, formas geométricas o plantas, un león coronado, una puerta, un gato, una esparraguera; no se olvida de los metales, tres coronas de plata o flores de oro y de la alusión al mundo del amor cortés, así como otros caballeros llevan un objeto, que puede ser la manga de la amada, aquí Timonel de Carcajona trae el principio del nombre de su dama en el lema Miau, además del objeto que la simboliza, el gato. Además interpreta los símbolos, la puerta del escudo de Brandabarbarán de Boliche "es una de las del templo que derribó Sansón". Después de los caballeros principales, hace la reseña de los bandos enemigos, tópico de la poesía heroica, por el que se pasaba revista a los ejércitos y a sus respectivas naciones, y que también parodia el Arcipreste cuando describe las huestes de don Carnal y doña Cuaresma.

En este capítulo Cervantes se está afiliando tanto al género épico como a las leyendas artúricas, como bien lo ha visto

Luis Andrés Murillo.⁹ Sin embargo, este crítico ve a don Quijote en una doble función de poeta que compone una estancia heroica y de guerrero-actor que participa furibundamente en su imaginada batalla, pero no como a un heraldo que le describe a Sancho los pormenores de los guerreros y sus enseñas. De la épica homérica imita el tópico de la enumeración de los guerreros gracias al procedimiento retórico de la *amplificatio*, que le ayuda a hacer una reseña exhaustiva de los dos escuadrones enemigos, su procedencia, algún rasgo físico, la nación a la que pertenecen e incluso el paisaje, sean campos, montes o ríos, excesivamente adjetivados y con alguna particularidad de los mismos. Por ejemplo, el Guadiana es “celebrado por su escondido curso”. Descripciones geográficas recargadas que imitan claramente el material épico de las octavas reales, en cuyos moldes los poetas ceñían en unos cuantos versos la geografía entera del orbe o, en una afirmación patriótica, la de su nación. Aquí se alaba a todos los ríos de España.

La misión heráldica de don Quijote en este capítulo no se reduce sólo al reconocimiento visual de los signos que le permiten una descripción pictórica y abigarrada, sino que pone el empeño en lograr la teatralidad y su función se vuelve tan histriónica y vívida que incluso remeda los sonidos, tal y como imaginamos que ocurriría en los torneos y que un historiador francés ha descrito como un “irresistible deseo de enfrentarse, de superarse, de vencer, el amor del combate, la sed de ser y de parecer, el gusto de la fiesta, la embriaguez de los sonidos, la borrachera de los olores y el tornasol de los colores de los escudos, de las armas, de las banderas y los caballos”.¹⁰ Don Quijote se deja arrastrar por ese torbellino de los sentidos, cuando le pregunta a Sancho: “¿No oyes el relinchar de los caballos, el tocar de los clarines, el ruido de los atambores?”, arrebato que le lleva a abandonar su función informativa o incluso la de introducirse entre los contendientes como mensajero, como lo haría cualquier heraldo, y, en cambio, se decanta por uno de los ejércitos y toma la bandera de Pentapolín del Arremangado Brazo para entrar en batalla.

Esta función heráldica también se contagia a otros personajes, como muchas otras cosas se contagian en la obra. Cuando llevan a don Quijote encantado en el carro de bueyes, el barbero, más que un falso Merlín, parece adoptar una misión heráldica al anunciar la profecía histriónicamente utilizando la simbología de los animales heráldicos: “...cuando el furibundo león manchado con la blanca paloma tobosina

yoguieren en uno, ya después de humilladas las altas cervicetas al blando yugo matrimoñesco; de cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del orbe los bravos cachorros, que imitarán las rumpantes garras del valeroso padre” (I, 46, p. 508). Y es que en el oficio de los heraldos se complicó de tal modo que, además de conocer “la cultura literaria e histórica de la caballería” debían dominar también “las propiedades místicas atribuidas a las plantas, bestias, aves y colores... para traducir de manera adecuada al simbólico lenguaje de la heráldica toda la extensión de los valores humanos”.¹¹

Al mismo tiempo, el narrador también actúa como heraldo desde el momento en que anuncia peligrosas batallas en los epígrafes. Reproduce el estruendo de los ejércitos al juntarse en los campos de batalla, los instrumentos bélicos, los “lililíes agarenos”, como en la aventura del bosque cuando llegan los carros chirriantes el Diablo, Dulcinea encantada y Merlín. Además, de la aventura de los rebaños-ejércitos hay un eco en la de los pueblos del rebuzno, pues el narrador parece contagiarse de don Quijote en su función de heraldo y describe igualmente “el gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces”, las armas, los colores,

las empresas que en ellas traían, especialmente una que en un estandarte o jirón de raso blanco venía, en el cual estaba pintado muy al vivo un asno como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta y la lengua de fuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando; alrededor dél estaban escritos de letras grandes estos dos versos: “No rebuznaron en balde/ el uno y el otro alcalde” (II, 27, p. 790).

El gato y el asno, el lema Miau y el verso de los alcaldes desinflan la tensión de la disputa que se avecina en ambos contendientes, aunque en un caso sean rebaños y en el otro hombres armados de verdad, pero don Quijote y el narrador han cumplido su función de heraldos al anunciar las grandes batallas.

Los juglares también pertenecían a la profesión heráldica, pues

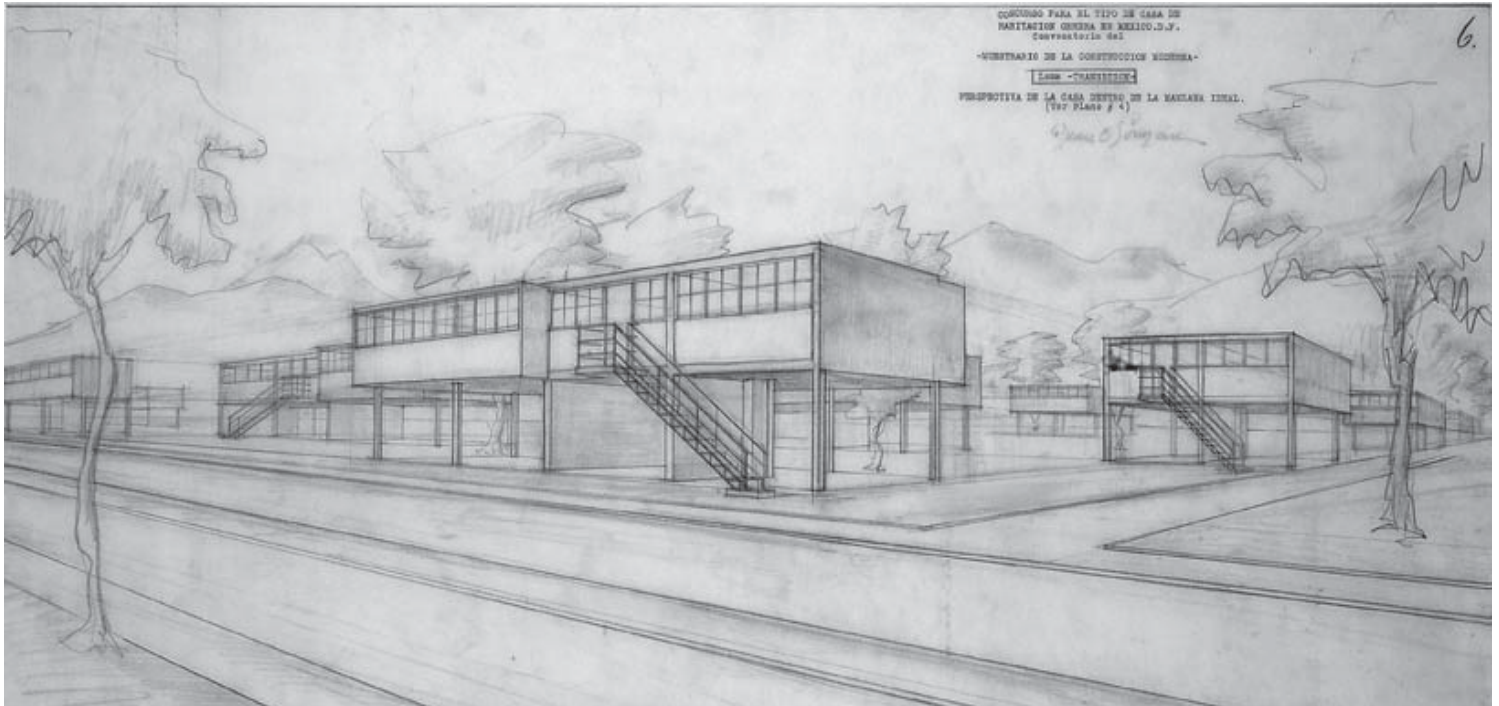
a fuerza de observar los torneos y de identificar en ellos a los protagonistas por sus armas, se convierten pronto en heraldos, en especialistas indispensables de los torneos y de la heráldica. Se les confía la tarea de presentar a los participantes, de anunciar las diversas fases del combate,

de comentar en ellos los hechos de armas. Se transforman a veces en jueces y árbitros¹²

y de paso son difusores de la caballería, puesto que a ellos se les encargaba también el registro de los hechos de armas o la redacción de los estatutos de las órdenes caballerescas. Así contribuían "a la difusión de la ética caballerescas dentro de

vación del juglar: "Según Alfonso X, los cazurros, truhanes y bufones eran locos fingidos que hacían y decían disparates, con frecuencia malintencionados aunque tolerados".¹⁴

Despojado de sus armas en unos cuantos capítulos que corresponden a la estancia en el palacio de los duques, don Quijote se convierte de caballero andante en caballero cor-



la sociedad aristocrática".¹³ Don Quijote está continuamente enhebrando lecciones de caballería a lo largo de la obra que contribuyen a la difusión de esa ética, incluso al hacer el esquema de novela caballerescas, está planteando el código de conducta que debe seguir el caballero. Es una suerte de juglar publicitario y de maestro: cuando el pastor Vivaldo le pregunta acerca de la caballería andante (I, 13), don Quijote echa mano de episodios de *El Caballero de la Carreta* para su lección caballerescas.

Bufón

A juzgar por la vestimenta de Sancho: abarcas, sayo, caperuza de bobo, y por el apodo que le da doña Rodríguez: "Hermano, si sois juglar, guardad vuestras gracias...", el lector esperaba una actuación bufonesca de Sancho en el palacio de los duques, que, sin duda, también la realiza, pero el listo escudero advierte las burlas, reconoce los disfraces y se niega a desencantar doncellas a costa de sus espaldas y posaderas. Sin embargo, don Quijote, inconscientemente, es el que realiza una función bufonesca que no está muy desvinculada de la heráldica, pues el bufón, al igual que el heraldo, era otra deri-

tesano y se verá burlado, como Lancelot, por doncellas que pretenden enamorarse y pasar la noche con él, pero el caballero ha prometido serle fiel a su dama y sólo si es engañado, burla frecuente en los libros caballerescos, podrán obtener su amor, como le sucede a Lancelot, cuando cae en la trampa de la hija del rey Norgales creyendo que era Ginebra y así concibe a Galaz.

José Amezcu afirma que

aunque el caballero virtuoso, el personaje principal, no ama sino sólo a una mujer, aquí y allí se mencionan siempre en las novelas de caballería una serie de episodios en los que aparecen damas ardientemente enamoradas del caballero, mostrando la inflexible fidelidad amorosa del caballero, pero también, quizá, las oportunidades eróticas perdidas¹⁵

tal y como le acontece a don Quijote en dos ocasiones en el palacio de los duques y que ya se anuncia desde la primera parte la noche de la venta con la moza Maritornes. Más

adelante, es nuevamente engañado (I, 43, p. 479) por Maritornes y la hija del ventero, a las que cree una dueña y una doncella enamorada, les tiende la mano, a petición de ambas, y queda burlado. Desde estos episodios se desarrolla ya el tema de la castidad del caballero y el debate entre ser fiel a su dama y su deseo sexual por la hija del ventero-alcaide de la fortaleza. Amo y criado acaban apaleados en la venta, aunque el que sirve de bufón es Sancho, en cuyo camastro acaba la moza.

Pero donde realmente se desarrolla este tema del caballero seducido y burlado es en casa de los duques, espacio peligroso en el que es preciso vencer las flaquezas de la carne. Sancho, privado y encumbrado gobernador, abandona unos cuantos capítulos a su amo, quien ante la ausencia de su escudero se muestra desvalido, temeroso y huele el peligro en la oferta que le hace la duquesa de las cuatro doncellas que le servirán en adelante. La voluntad de don Quijote es férrea como pocas, pero para que se cumpla el tópico caballeresco del caballero burlado Cervantes sumerge a su criatura en la ociosa vida palaciega, mientras su escudero protagoniza juicios, dietas y escaramuzas nocturnas.

Como muchos otros caballeros, don Quijote tendrá que poner a prueba su virtud y "luchar para no caer en las tentaciones del descanso, pues el ocio no es sino una trampa puesta por el demonio para ganar, por la vida muelle, la lujuria, la gula, la codicia".¹⁶ Y, en efecto, a causa de la "ociosidad descuidada" del palacio, como él mismo canta en el romance-respuesta al de Altisidora, sabe que será víctima de las doncellas enamoradas: "¡Que tengo de ser tan desdichado andante, que no ha de haber doncella que me mire que de mí no se enamore!" (II, 44, p. 915).

Además de ser requerido de amores por Altisidora, que sería la única que finge el papel de enamorada, él recuerda cuando fue aporreado por culpa de Madama, que es Maritornes, e imagina que doña Rodríguez es otra "enamorada doncella" por venir de noche a su aposento "para sobresaltar su honestidad y ponerle en condición de faltar a la fee que guardar debía a su señora Dulcinea del Toboso" (II, 48, p. 938). Cree que puede ser peligroso sucumbir a una dueña porque la soledad, la ocasión y el silencio acaso despierten sus deseos dormidos y con un *vade retro* le pregunta, temeroso, si no será "acometido y forzado" por ella.

Aunque ninguna de las doncellas fingidas o imaginadas lleve a gozar de él, como en otros libros caballerescos, los

habitantes del palacio así lo creen, a juzgar por la burla más bufonesca de todas, la acusación pública de Altisidora de haberle robado una tocas y unas ligas, justamente cuando, como buen caballero andante, había decidido dejar de ser cortesano y abandonar la ociosidad palaciega para volver a las andadas. Finalmente, se desembaraza "de los requiebros de Altisidora" y regresa a la libertad del caballero andante. Sin embargo, en la vida libre también se verá aquejado por Altisidora, pues Sancho, que no tiene pelos en la lengua, se la recuerda como un eco inoportuno, para recalcar su incompreensión del amor de Altisidora por alguien como don Quijote que tiene "más cosas para espantar que para enamorar". El caballero seducido es también objeto de mofa de su propio criado.

Penitente

Don Quijote también hace votos caballerescos, a imitación del marqués de Mantua, como "el de no comer pan a manteles ni con la reina folgar" (I, 10, p. 108) hasta no conseguir una buena celada o el yelmo de Mambrino, tal y como le recuerda, capítulos más adelante, Sancho aquello de "quitar el almete de Malandrino, o como se llama el moro" (I, 19, p. 185). Pero los votos caballerescos más importantes eran los que se relacionaban con el amor: "La determinación por parte de los caballeros de rendir honores a su dama y de hacerse digno de ella es la aspiración que aparece detrás de cada voto".¹⁷

Uno de ellos provoca la penitencia en Sierra Morena donde se desnudará, llorará, rasgará sus vestiduras, además del ayuno, pues "la fineza de mi negocio está en no comer y en hacer otras asperezas equivalentes" (I, 25, p. 271). Sancho reproduce este mismo voto del caballero cuando le da los pormenores de su embajada al Toboso y le cuenta que le dijo a Dulcinea que "quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna" (I, 31, p. 337).

A partir del episodio de la Dulcinea encantada, los votos caballerescos girarán en torno a la misión de desencantarla, así, en la Cueva de Montesinos, don Quijote le dice a una de las aldeanas encantadas que le haga saber a Dulcinea

cómo yo he hecho un juramento y voto, a modo de aquel que hizo el marqués de Mantua, de vengar a su sobrino Baldovinos, cuando le halló para espirar en mitad de la

montaña, que fue de no comer pan a manteles, con las otras zarandajas que allí añadió, hasta vengarle; y así le haré yo de no sosegar, y de andar las siete partidas del mundo, con más puntualidad que las anduvo el infante don Pedro de Portugal hasta desencantarla (II, 24, pp. 760-761).

Pero como todo es contagioso en esta obra, Sancho es el que se reencarna en un verdadero penitente, pues la penitencia que debe cumplir es azotarse para desencantar a Dulcinea y también en un penitenciado del Santo Oficio, cuando lo visten con la coraza de diablos y la ropa negra con llamas ante el túmulo de Altisidora, y en un mártir por recibir mamonas, pellizcos y alfilerazos.

Notas

¹Jean Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, traducción de Godofredo González, Barcelona, Paidós, 2001, p. 253.

²*Ibid.*, p. 236.

³Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1980, I, 42, p. 467. En adelante, citaré en el texto por esta misma edición.

⁴Citado por Maurice Keen, *La caballería*, traducción de Elvira e Isabel de Riquer, prólogo de Martín de Riquer, Barcelona, Ariel, 1986, p. 26.

⁵Ángel Luis Molina Molina, "Estampas medievales murcianas, desde la romántica caballerescas. Caza y fiesta, a la predicación, procesión y romería", en *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval. Actas del VII Curso de Cultura Medieval* (Aguilar de Campóo, Palencia, 18 al 23 de septiembre de 1995), Madrid, Fundación de Santa María la Real/Polifemo, 1999, p. 41.

⁶Véase su ensayo "Motivos y tópicos caballerescos", en Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición dirigida por Francisco Rico, Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, 1988, vol. complementario, pp. 857-902.

⁷Chrétien de Troyes, *El Caballero de la Carreta*, traducción de Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, Madrid, Siruela, 2000, pp. 136-137.

⁸Véase "Heraldica y heraldos", en Maurice Keen, *op. cit.*, p. 172.

⁹Véase "Don Quixote as Renaissance Epic", en *Cervantes and the Renaissance*, edición de Mc Gaha, Newark, Juan de la Cuesta, 1980, pp. 51-70.

¹⁰Flori, *op. cit.*, p. 144.

¹¹Keen, *op. cit.*, p. 189.

Caballero, heraldo, bufón, escritor y crítico de obras caballerescas, viejo consejero, curandero o mago, penitente que realiza votos caballerescos, predicador, santo, arzobispo, caballero a lo eclesiástico y pastor por deseo de Sancho, en un género tan permeable como el caballeresco, podríamos seguir citando un abanico de funciones relacionadas con la caballería que se cumplen en la persona de don Quijote, pero que se contagian a los demás personajes, nostálgicos también de ceremonias y rituales, y de urdir y protagonizar historias caballerescas. Y si no, que se lo pregunten al cura, al barbero, a Micomicón, a Sansón Carrasco, a Tomé Cecial, a los duques y a sus criados y a los oyentes cautivos y cautivados de la venta de Palomeque.

¹²Flori, *op. cit.*, p. 151.

¹³*Ibid.*, p. 150.

¹⁴Carlos Cid Priego, "Las fiestas juglarescas en la España medieval: sus representaciones artísticas", en *Fiestas, juegos...*, *op. cit.*, p. 98.

¹⁵*Libros de caballerías hispánicas*, estudio, antología y argumentos de José Amezcua, Madrid, Alcalá, 1973, p. 20.

¹⁶José Amezcua, *Metamorfosis del caballero. Sus transformaciones en los libros de caballería españoles*, México, UAM I, 1984, p. 72.

¹⁷Keen, *op. cit.*, p. 281.

Bibliografía

José Amezcua, *Metamorfosis del caballero. Sus transformaciones en los libros de caballerías españoles*, México, UAM I, 1984.

Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, edición, introducción y notas de Martín de Riquer, Barcelona, Planeta, 1980.

Carlos Cid Priego, "Las fiestas juglarescas en la España medieval: sus representaciones artísticas", en *Fiestas, juegos y espectáculos en la España medieval*, Madrid, Polifemo, 1999.

Chrétien de Troyes, *El Caballero de la Carreta*, traducción de Luis Alberto de Cuenca y Carlos García Gual, Madrid, Siruela, 2000

Jean Flori, *Caballeros y caballería en la Edad Media*, traducción de Godofredo González, Barcelona, Paidós, 2001.

Maurice Keen, *La caballería*, traducción de Elvira e Isabel de Riquer, prólogo de Martín de Riquer, Barcelona, Ariel, 1986.

Libros de caballerías hispánicas, estudio, antología y argumentos de José Amezcua, Madrid, Alcalá, 1973.

Luis Andrés Murillo, "Don Quixote as Renaissance Epic", en *Cervantes and the Renaissance*, edición de Mc Gaha, Newark, Juan de la Cuesta, 1980.